

SERMON

PARA EL ULTIMO DIA DE MISION.

*Qui manducat meam carnem et bibit
meum sanguinem, in me manet, et ego in
illo.*

El que come mi carne y bebe mi san-
gre, está conmigo y yo con él.

Joan. cap. VI, v. 57.

Amadísimos hermanos míos en Jesucristo. Hay en el seno del Catolicismo un árbol, cuyo sabroso fruto alimenta el alma, elevando al hombre al mayor grado de perfección, y haciéndole adquirir aun en este valle de lágrimas y de miserias una felicidad temporal, que es precursora de la felicidad eterna. La Sagrada Eucaristía, memorial eterno de las divinas maravillas, prenda suprema del amor de Dios para con las criaturas y compendio admirable de su bondad; tal es ese árbol frondoso cuyos frutos son de santidad y de perfección. Si hubiese un pueblo cuyos habitantes todos se alimentasen diariamente de tan precioso fruto, este pueblo sería un trasunto de la celestial Jerusalén, porque sus habitantes unidos siempre á Jesucristo por la comunión, resplandecerían por su fé y por el ejercicio de la caridad, y veríanse en ellos

acciones heroicas, virtudes sublimes y deseo constante de atajar el mal, y esparcer por doquier la semilla del bien.

Sin embargo, ¿cómo es que estando la Sagrada Eucaristía en todos nuestros templos y siendo tantos los que acuden á la sagrada Mesa, no se ven comunemente esos hermosos frutos? ¿Cómo es que cada día vemos crecer la maldad y aumentarse los vicios? Muy sencilla es la razón: unos se alejan del celestial convite y otros acuden á él sin el ropaje nupcial, es decir, sin las disposiciones necesarias para conseguir los frutos del Sacramento. Otros hay, y por desgracia son los menos, que acuden á recibir la Sagrada Eucaristía, inflamados en el fuego del amor de Dios. Estos son los que practican las virtudes á través de la actual corrupción, los que edifican en medio de la ruina de las costumbres.

¿Para que instituyó Jesucristo este adorable Misterio? Bien claro lo manifiesta en las palabras que he puesto al frente del discurso: El que come de mi carne y bebe mi sangre, está conmigo y yo con él: *Qui manducat meam carnem et bibit meum sanguinem, in me manet et ego in illo*. Lo instituyó, pues, para formar con nosotros la union mas íntima y mas perfecta; por lo que dice el Crisóstomo que el Señor nos ha dado su cuerpo y su sangre, para unirnos nosotros á El, no solo por la caridad, sino real y efectivamente de modo que hagamos una santa liga de su carne con la nuestra (1).

¿Y á qué nos obliga esta union estrecha que tenemos con Jesucristo? A detestar el pecado y mirar con

(1) D. Chrys. Hom. 45, in Joan.

horror y aborrecimiento todo lo que es ofensa de Dios: á observar las máximas del Evangelio, que son sus preceptos, porque el que ha de vivir en Jesucristo, debe proceder y vivir, como Jesucristo procedió y vivió: y en suma, á practicar las obras buenas, sin separarse del camino de la rectitud.

¡Qué felices somos los cristianos! Jesucristo está con nosotros para iluminarnos en nuestras tinieblas (1): está con nosotros para guiarnos y para librar-nos del error: está para protegernos y defendernos de todos nuestros enemigos, y desde ese Sacramento augusto nos llama á sí, para que encontremos en él reposo y paz (2): porque su cuerpo, como dice un Padre, es vivificante, y hace incorruptible á los que le reciben dignamente (3). Despues que gracias á la misericordia del Señor, que tan abundantemente ha hecho caer sobre vosotros la hermosa semilla de la divina palabra, ¿no deseais ya con ardor purificar vuestras conciencias, y alimentaros con ese manjar de los fuertes, pan de vida y salud eterna? ¿No estais dispuestos á venir mañana á la comunión general con la que hemos de dar fin á los ejercicios de esta Santa Mision? Asi lo creo, y con fiadamente espero que no faltareis ninguno á este celestial banquete. Para escitar mas y mas vuestro amor á Jesus Sacramentado, voy á demostraros, cuán grande y enorme es el sacrilegio que cometen los que le reciben indignamente, y los inestimables bienes que alcanzan los que le reciben con las debidas disposiciones. ¡Quiera Dios que

(1) Ego sum lux mundi. Joan. cap. VIII, v. 12.

(2) Venite ad me, omnes qui laboratis, et onerati estis, et ego reficiam vos. Math. cap. XI, v. 28.

(3) Vivificat corpus Christi, et ad incorruptionem suam participatione perducit. Cyr. Alex. Lib. 3, in Joan. cap. 37.

todo sirva, no solamente para vuestra instruccion, sino para que os dispongais á acercaros en el dia de mañana al convite Eucarístico, para que os unais íntimamente á Jesucristo: *Qui manducat meam carnem et bibit meum sanguinem, in me manet, et ego in illo.*

Interrumpamos aquí el discurso, para imetrar del Señor los auxilios de la divina gracia, poniendo por intercesora á la Santísima Virgen María, á la que en prueba del filial amor que la profesamos, la saludaremos con las espresiones del ángel: *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

¿Qué nos ha dado Jesucristo, M. A. O., en la Sagrada Eucaristía? Ha derramado, dice el Concilio de Trento, todas las riquezas de su caridad sobre nosotros (1). Siendo Omnipotente, dice el Padre San Agustin, no pudo darnos mas; siendo sábio, no supo hacer mas en nuestro favor, y en su amor inmenso no encontró mas que darnos (2), pues que nos dá su mismo cuerpo y su preciosa sangre. Desde ese Sacramento augusto, donde oculto, pero realmente presente á los hombres se manifiesta, muestra su sabiduría y amor, su grandeza y su poder: desde su trono de misericordia nos llama á sí, si ciegos caminamos á la perdicion: y entrando dentro de nosotros por medio de la comunión, se une al hombre con tanta intimidad como dos trozos de cera derretidos al fuego, los cua-

(1) Sacramentum hoc instituit in quo divitia divini sui ergo homines amoris velut effudit. Conc. Trid. Sess. 13, cap. 2.

(2) Dicere audeo quod Deus, cum sit omnipotens plus dare non potuit; cum sit sapientissimus, plus dare nescivit; cum sit ditissimus plus dare non habuit. S. Aug., Tract. 26 in Joann.

les se identifican y convierten en una misma cosa, según la espresion de San Cirilo de Alejandría.

A vista, pues, de tan grande misericordia, de amor tan extraordinario, de dádiva tan preciosa, el cristiano fervoroso esclama como un día el Profeta Rey: « Como el ciervo desea la fuente de las aguas, así mi alma te desea á tí, ¡oh Dios! Mi alma tiene sed de la fuente viva, ¿cuándo vendré y estaré en tu presencia, Dios mio (1)? » Y cuando le ha recibido en su pecho, cuando se vé lleno de delicias, cuando ha gustado los frutos de ese Sacramento adorable, entonces dice con la Esposa de los Cánticos: « He encontrado al que ama mi alma; le he encontrado, téngole abrazado, y no le soltaré jamás. »

¿Quereis comprender en alguna manera, todo el amor de Jesucristo para con el hombre? Trasladaos en espíritu al Cenáculo. Era la víspera de su Pasión: y arbitrando el medio de permanecer para siempre con el hombre, no obstante partir á su Eterno Padre, dá la mas relevante prueba de que « habiendo amado á los suyos, los amó hasta el fin (2). » ¿Y de qué modo? Toma en sus manos el pan; toma despues el vino y consagrándolos, y cambiando su sustancia en la de su propio cuerpo y su propia sangre, dice á sus Apóstoles y en ellos á todos los hombres: « Tomad y comed, este es mi cuerpo; tomad y bebed, esta es mi sangre (3). » Mi cuerpo es verdadera comida, mi sangre verdadera bebida; el que come mi carne y bebe mi sangre, está en mí y yo en él, vive de mi misma vida (4). Comed, cristianos, ese divino manjar, ali-

(1) Psalm. XLI. v. 2 y 3.

(2) Cant. Cantic. cap. III. v. 4.

(3) Math. cap. XXVI. v. 26.

(4) Joan. cap. VI. v. 56-58.

mentaos con ese Pan de vida eterna, saciaos con esa dádiva de la bondad y misericordia divina y vereis en vosotros realizada la promesa de la serpiente: *Eritis sicut Di*. Si: sereis como dioses, no por el camino de la desobediencia como quiso serlo el Proto-padre de los humanos que cayó en el abismo del pecado, sino por el amor, por la caridad, por vuestra union con Dios. Oid al gran Padre San Agustin: « Dios quiere elevarte hasta él y hacerte Dios, no por naturaleza, sino por don de su amor y por adopción. Así como Él por haberse hecho hombre, se hace participante de tu mortalidad, así elevándote hasta Él, te comunica su inmortalidad (1). Si la gracia, como dice el Apóstol, nos hace templos de Dios (2), y en espresion de San Pedro, participantes de la divina naturaleza (3), ¿cuánto mas seremos templos de Dios y como parte de Dios por la comunión, en la cual tan íntimamente se une con nosotros? »

¿Pero creis, mis hermanos amadísimos, que todo el que recibe á Jesus Sacramentado, participa de sus hermosos frutos? ¿Creis que todos reciben la misma gracia? De ningun modo: para recibir al Santo de los Santos es preciso ser santo. Muy lejos de mí el querer retraer por estas palabras á algunos tímidos de acercarse á la sagrada Mesa. Antes por el contrario, yo quisiera que no hubiese un solo cristiano que no recibiese todos los días ese Pan de los ángeles, haciéndose dignos de él, como dice San Ambrosio (4). Quiero

(1) Deus deum te vult facere; non natura, sed dono suo et adoptione. Sicut ille per humanitatem factus est particeps mortalitatis tuæ; sic te per exaltationem facit participantem immortalitatis suæ. S. Aug., Serm. 166 de Scripturis.

(2) II Cor. cap. VI. v. 16.

(3) II Petr. cap. I. v. 4.

(4) S. Ambr., de Sacram. lib. 6.

sí, hacer comprender que para recibir dignamente á Jesus Sacramentado, se hace necesario tener odio y aborrecimiento al pecado, y no solamente haber recibido antes la absolucion sacramental de todas las culpas, sino á mas haberse preparado por los actos de fé, de esperanza y de caridad; que el hombre humillándose contemple su nada y su miseria, así como la grandeza y magestad del Dios que viene á hospedarse en su pecho. De este modo, le hará su debido recibimiento. ¿A qué castigo no se hará acreedor el que indignamente se acerca á este santísimo Sacramento?

Atended á una parábola de Jesucristo, que os lo hará conocer: «Un hombre rey hizo un gran convite para celebrar las bodas de su hijo, y convidó á muchos, y envió á sus criados á la hora señalada á llamar á los convidados, y todos empezaron á excusarse. Dijo el primero: he comprado una granja, y necesito ir á verla; te ruego me tengas por excusado. Dijo otro: he comprado cinco yuntas de bueyes, y quiero ir á probarlas. Otro dijo: he tomado mujer y no puedo ir allá. Todos le despreciaron, y se marcharon cada uno á su lugar. Irritado el rey, dijo: En verdad os digo que ninguno de estos hombres gustará mi cena, y enviando sus ejércitos acabó con ellos y puso fuego á su ciudad. Entonces dijo á sus criados: id á las salidas de los caminos y á cuantos halláreis, llamadlos á las bodas. Hiciéronlo así, y congregaron á cuantos hallaron, malos y buenos, y se llenó la sala. Entró el rey, y como viese entre ellos uno que no estaba vestido con vestidura de boda, le dijo: Amigo, ¿cómo has entrado aquí no teniendo vestido nupcial? Mas aquel hombre enmudeció, y el rey dijo á sus ministros: atado de piés y manos, arrojadle á las tinieblas

esteriores; allí será el llorar y el cruji de dientes (1).»

Ved, mis hermanos, lo que sucederá á aquel que desgraciadamente se llega al convite Eucarístico sin ir adornado con vestidura nupcial. Y la vestidura de boda para recibir á Jesus Sacramentado, son las virtudes, las buenas disposiciones, la digna preparacion por medio de la Confesion sacramental.

El apóstol San Pablo, señala los efectos de la comunion indigna, cuando dice que el que comulga indignamente, come y bebe su juicio y su condenacion. ¡Cómo es esto! ¿Un alimento que es manantial de vida, puede servir de condenacion (2)? Así pregunta el Crisóstomo y dá en seguida la razon. Al modo que la presencia de Jesucristo viniendo al mundo trajo multitud de bienes, y fué sin embargo un aumento de condenacion para los que no le recibieran, así el Sacramento augusto de la Eucaristía, manantial perenne de tantos bienes, es un supcino y alimento de condenacion para aquellos que indignamente le reciben.

Pruébese, pues, el hombre á sí mismo, y preparado de este modo, coma de este pan y beba de este cáliz; pero esto es lo que nosotros no hacemos comunmente, dice el Crisóstomo, pues nos llegamos á esta Mesa sin fervor: nuestro objeto no es comulgar bien, despues de confesar y expiar el pecado por la confesion, sino comulgar por cumplir para seguir la costumbre. No es esto ciertamente lo que manda San Pablo, que advierte que la primera y mas necesaria condicion es el testimonio de una conciencia pura.

¿Sabeis, profonadores sacrílegos, á quien entregais

(1) Math. XXII.

(2) D. Cypr. Trat. de Laps.